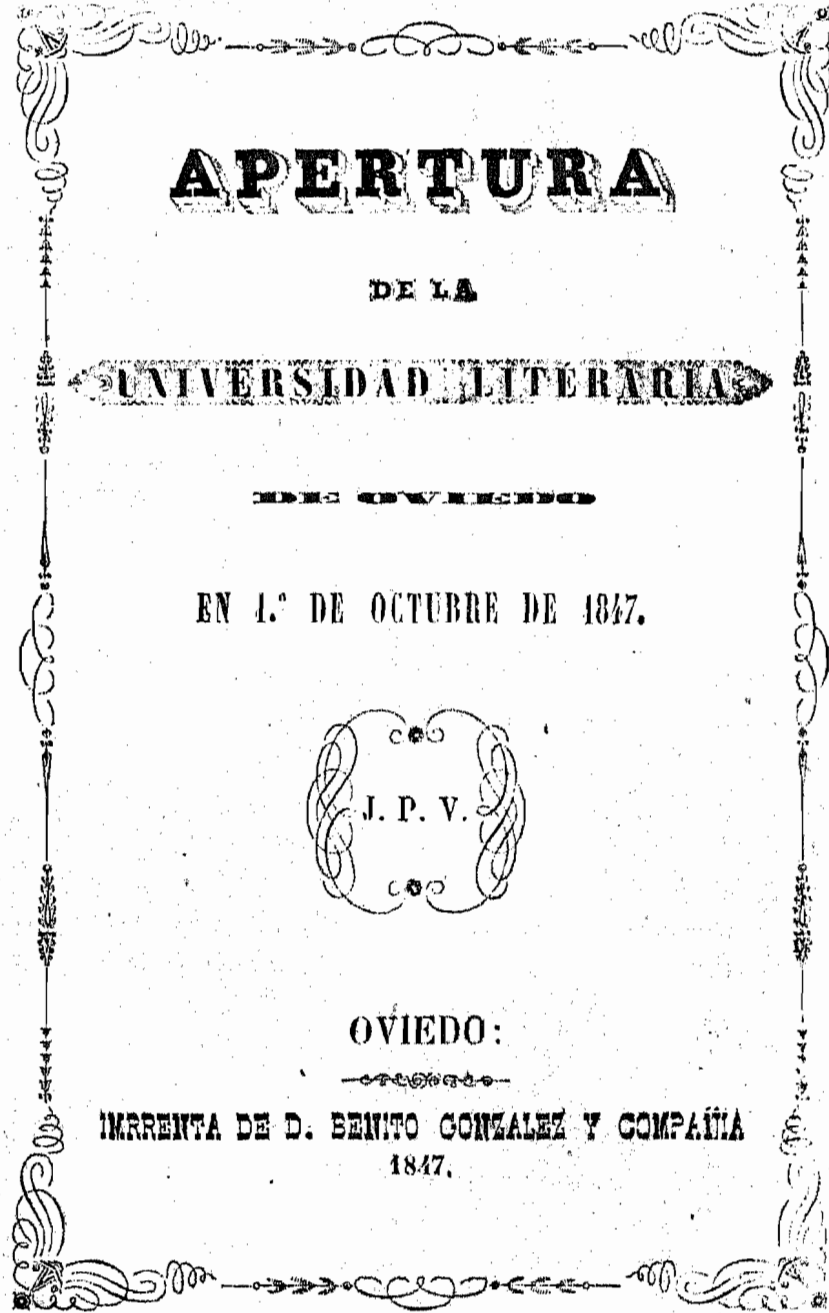


*Benito González*

XIX-4  
19



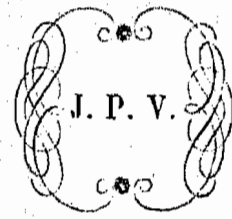
# APERTURA

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE OVIEDO

EN 1.º DE OCTUBRE DE 1847.



OVIEDO:

IMPRENTA DE D. BENITO GONZÁLEZ Y COMPAÑÍA  
1847.

B. 29786

# ORACION INAUGURAL

PARA LA APERTURA

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO

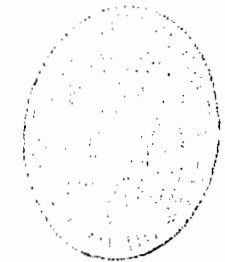
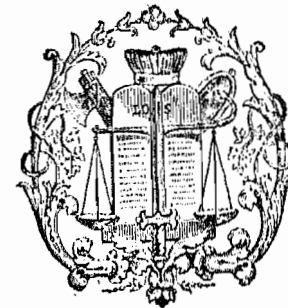
PRONUNCIADO

*en s.º de Octubre de 1847*

por

**DON JOSÉ PUENTE Y VILLANUA,**

Doctor en Jurisprudencia, Abogado, Licenciado y Regente  
de primera clase en letras; Catedrático de Literatura  
en la misma Universidad.



54772

OVIEDO:



IMPRESA de D. Benito Gonzalez y Compañía.—1847.

Tres especies de ambición hay en el hombre. La de gobernar un pueblo, dominarlo por el ascendiente del genio y hacerlo instrumento de sus desiguos: la de ilustrar un país para que domine á todos los otros: la tercera, la mas noble de todas, la de ilustrar la humanidad entera y aumentar el tesoro de sus conocimientos.

F. Bacon.

## Señores:

**D**espues de la reforma introducida en nuestros estudios para satisfacer á las necesidades del siglo y espíritu de la época, esforzándonos en abarcar las variadas y estensas formas de todos los ramos del saber humano, ésta es la vez tercera que la juventud estudiosa llama á nuestras puertas. Habiendo de continuar el difícil camino en que nuestro ministerio nos empeña; disponiéndonos á cubrir de fina arena y de frescas sombras los ásperos senderos por donde dirigimos esa misma juventud hacia la ciencia, nos vemos aqui reunidos por una formalidad académica, es verdad, pero cuya importancia y objeto no podemos desconocer. Nada de cuanto tiene relacion con la ciencia, puede serla indiferente: todos los símbolos que la representan, deben ser gran-

des y severos como ella; todos los actos que la solemnizan, deben encerrar un sentido profundo y magestuoso.

Tal es la idea que ha dominado en mi pensamiento al conferirme el honor de dirigiros la palabra en este dia. Lejos de considerar este acto literario como una simple formalidad de reglamento, lo he mirado bajo un aspecto mas grave, bajo el único que en mi humilde concepto debe considerarse; como un programa general de la escuela, como una manifestacion solemne de nuestros principios ante el respetable público que nos confia la educacion de sus hijos. Preparados para continuar nuestras tareas científicas, nos parecemos al viagero que reposando un momento de las fatigas de una larga travesía, contempla con una mezcla de admiracion y pena los vastos desiertos que todavia ha de atravesar, los risueños paisajes donde refrescará sus sienes henchidas de dolor y cansancio. ¿Y no os parece, Señores, que lanzados nosotros en ese camino, donde soportamos fatigas y cogemos delicadas flores, volvamos tambien nuestra consideracion hácia el porvenir de la ciencia que se nos presenta envuelto en misteriosos velos, donde el filósofo y el sábio dirigen miradas escrutadoras para descifrar la suerte de la humanidad agitada con tan prolongadas luchas para encontrar las verdades que tanto la interesan, para establecer el imperio de la sana razon sobre las ruinas de las preocupaciones, del fanatismo y la incredulidad? Asunto grande, inagotable, digno de las

perpetuas meditaciones del hombre; en el cual sin embargo habrá una cosa debil y pequeña; la pobreza de la palabra con que yo debo presentarlo á mi auditorio, cuya indulgencia aguardo no obstante en obsequio de la ingenua confesion de mi insuficiencia.

Si la admiracion no fuese muchas veces uno de los sentimientos peor dirigidos en el hombre, el aspecto de nuestro siglo embargara nuestra atencion toda: estáticos y asombrados debiéramos adorarle sobre la cumbre de su omnipotente actividad, desde la cual nos muestra y nos ofrece, como trofeos suyos legítimos, los despojos de todas las naciones, la preciosa y variada herencia que le fué legada á costa de inmensos trabajos y padecimientos. Ved con qué afán acumula, prodiga y estiende sus tesoros; euan orgulloso se ostenta con sus admirables descubrimientos, con la prodigiosa fuerza que imprime á todos los elementos de la civilizacion y cultura. Bajo el triple punto de vista científico, moral y político todo aparece renovado por su mano: si su ardorosa carrera se prolonga, si su gigantesco impetu no se gasta por el exceso de su propio brio, diríamos que va á caberle la gloria de fijar sobre el mundo del saber el arrogante lema del hijo de Aemena.

En el vasto campo de la naturaleza sus incesantes trabajos han descubierto minas inagotables de tesoros que se ha apresurado á difundir por todas partes. Porque, sea dicho de paso, las ciencias naturales presentan en nuestro tiem-



po un fenómeno que las distingue en su marcha y desarrollo de las épocas anteriores; á saber, que, lejos de ocultar misteriosamente los secretos que arranca á la naturaleza encerrándolos en un santuario inaccesible á las miradas profanas, los popularizan y divulgan, posponiendo á la utilidad general la esteril vanidad del arcano. La superioridad científica se mantiene siempre; pero á lo menos, cuando toca en una nueva altura, la luz que de allí brota penetra mas pronto en la inteligencia comun, enriqueciendo sus conocimientos y acelerando los progresos de la ciencia. Ved aquí por qué son ya del dominio público verdades que en otro tiempo hubieran sido patrimonio esclusivo de los sábios: revestida la ciencia de formas sencillas accesibles á todos los entendimientos, se dirige á la humanidad entera, á la cual sin escepcion de clases convida al inefable banquete de la sabiduría.

Empezando, pues, desde la creacion el estudio del mundo físico, ved cual se esplican las edades antediluvianas, reconstruyendo las razas perdidas, descubriendo en un fragmento de hueso incrustado en las piedras la organizacion, la forma, la historia de seres que ya han desaparecido del Universo. Seguid á Camper, á Pallas, á Blumenbach que os guiarán por el inmenso osario de la naturaleza; apoderaos con el inmortal Cuvier del precioso instrumento de la anatomía comparada y creereis palpar el mundo antiguo que se os aparece con sus especies aniquiladas testigos de las tres edades del globo

anteriores á la existencia del hombre, que viene á establecer el reinado de la inteligencia sobre la materia sometida por fin y regulada.

Y cuando de los estudios geológicos, cuando de las revoluciones antiguas de nuestro planeta descende nuestro siglo al exámen del mundo actual y de las especies vivientes, no se nos muestra menos ufano y rico: las producciones mas raras de todos los paises adornan los archivos de sus academias; un insecto y una flor son en sus manos asunto de esplicaciones interesantes por su sorprendente verdad, por las revelaciones que nos suministra de los misterios de la naturaleza aun en los climas mas apartados. Con el auxilio de sus admirables instrumentos, con la perfeccion casi fabulosa á que ha elevado muchos procedimientos mecánicos, penetra en las profundidades de la tierra y nos manifiesta las propiedades intimas de infinitos cuerpos; dirige la mirada del águila á la bóveda de los cielos y tambien allí descifra caracteres nuevos. La luz, el aire, la tierra, los astros, los fenómenos mas visibles de la naturaleza como los hechos mas insignificantes y perdidos al parecer..... todo recibe de mano de la ciencia nuevo esplendor y brillo. La ley del *número, peso y medida* (1) del orden providencial del mundo aparece cada vez mas clara á nuestros ojos; se cubre de rubor la frente del hombre cuando piensa que ha podido mirar alguna vez con indife-

(1) Sap. c. 11. v. 21.

rencia ese teatro de maravillas sin cuento.

Y lo mas notable, Señores, lo que llena el corazon de inesplicable regocijo, es la rapidez con que se suceden estos descubrimientos; el saludable giro que toma el estudio de la naturaleza caminando á pasos agigantados hácia la unidad de la ciencia, confundiendo los errores que producian la angustia y la duda cuando ponderaban á los ojos de la ignorancia las aparentes contradicciones entre la revelacion y la naturaleza. Recordad esos tiempos cercanos á nosotros en que la ciencia, impulsada por un desatentado orgullo, surcaba la Europa á manera de un rio de fango sembrado de diamantes; ved á aquellos genios extraordinarios que preparaban una revolucion inmensa precedida de un cataclismo social sin ejemplo en la historia; vedlos, digo, sirviéndose del mundo físico, velado á sus corazones sin fé y sin sentimiento, como de un poderoso ariete contra el pedestal de la revelacion ofendida con sacrilegos sarcasmos. Desde entonces ni han transcurrido siglos ni se han efectuado grandes revoluciones siderales; aun resuenan en nuestros oidos los acentos de la incredulidad fascinada y ya la santa verdad ha recobrado sus derechos: los hombres distinguidos en el examen de la naturaleza os hablan hoy de ella como Moisés en las sublimes páginas del Génesis. ¡Luz sacrosanta de la verdad! si al fin apareces pura y consoladora tras de recias tempestades.... ¡que las nubes del orgullo no vuelvan á eclipsar tu brillo! que tu poder encadene para siempre el

error y preserve los entendimientos del influjo de pasiones desordenadas.

Dirijamos ahora nuestra consideracion al mundo moral y político. El hombre tiene dentro de esa esfera los problemas mas interesantes á su existencia actual y futura; su felicidad entera depende del acierto con que los estudie y resuelva. Pero tambien dentro de esa esfera el trabajo es mas lento y difícil; la fuerza de los obstáculos está en razon de la importancia del éxito; espliándose por lo mismo la pausa con que los sucesos corresponden á la elevacion de miras y á las resoluciones generosas de la generacion actual. Purgar la sociedad de los vicios que la corróen; restablecer los derechos verdaderos y legítimos del hombre; ponerlos á cubierto de los excesos del poder; asentar sobre las bases de la fraternidad y la igualdad cristiana una legislacion de benignidad y tolerancia, es empresa tan noble como llena de dificultades. Pero nuestro siglo se lanza con ardor en ese camino, y en empresas tamañas chipezar es ya mucho. Si su marcha es penosa y vacilante, reparad que no puede ser de otra manera ante la inmensidad de los hechos y las teorías, cuya verdad necesita fijar de una vez para no estraviarse. Observad, sinó, con que ardor cultiva la filosofía y la historia, descubriendo con respecto á la segunda fábulas y mitos donde hasta de ahora se habia creído una existencia real y positiva; demostrando la realidad de pueblos y personajes donde solo se habian visto simbolos. Además, el carácter de sus

indagaciones históricas es acomodado á las necesidades de la sociedad actual y al movimiento que ha tomado. No pidais ya á la historia relaciones de batallas, combates de héroes y cuadros de destruccion y horrores: buscando en la serie de los acontecimientos, en sus causas y mutuo enlace, la razon del progreso, de la felicidad ó desgracia de las naciones, la historia se convierte en un libro de utilidad práctica universal, en la verdadera maestra de la vida, como la llama Ciceron. Acostumbrándose los entendimientos á contemplan desde esa altura la moral y la humanidad, desaparece la idea mezquina de la utilidad parcial para dejar su lugar á la ley eterna de caridad y justicia. El sistema de descubrir y envenenar con ahinco las llagas sociales, sistema seguido por talentos funestos, objeto de no muy antiguas adoraciones, es mirado con horror ahora, porque esa suma de males de dolores padecidos por los padres, esas grandes catástrofes no las consideramos ya como efecto de un negro fatalismo; sino como una preciosa cosecha de escarnimientos que preserva á los hijos de nuevas desgracias, porque la humanidad saca sus mas provechosas lecciones de la escuela de la adversidad.

Tratando asi la historia, el mismo espíritu, las mismas tendencias deben reinar en la filosofía, como en efecto sucede. «Siempre que pasiones contrariadas ó pesares profundos (dice un escritor) nos inducen á no ver en el hombre mas que el individuo ¡cuánto desden no debe

»inspirarnos esa raza humana loca ó perdida,  
»orgullosa de espíritu y de voluntad muelle, que  
»se extravía en un laberinto cuya entrada no conoce, llevando la certidumbre de que no ha de  
»ver la salida; que empujada por la violencia,  
»circundada por el fraude, en medio de ciegos  
»choques y de decepciones amargas, arrastra en  
»pos de si dolores y esperanzas durante el corto  
»tiempo que el infortunio se la disputa á la  
»muerte! Alternativa de hostilidades disimuladas,  
»de beneficios calculados, de caricias insidiosas,  
»de compasiones insultantes; lucha es-  
»truendosa y sin treguas de intereses frívolos en  
»medio de la servil codicia de los unos y de la de-  
»plorable indolencia de la mayor parte; viejos  
»morosos que abominan y rechazan todo progreso;  
»jóvenes imprudentes que lo comprometen  
»por quererlo acelerar demasiado..... hé aquí  
»el espectáculo que se ofrece al hombre en la  
»tierra! ¿No há de considerarse, pues, al mundo  
»como entregado á los caprichos del acaso, ó  
»como juguete miserable de un poder cruel y  
»envidioso que se complace en ver cual sucumben  
»los mas magnánimos esfuerzos bajo los golpes de la  
»perfidia y la violencia? Entonces intimidado ó desesperado  
»adopta el partido de disfrutar la hora fugitiva y se dice:  
»*cojamos las flores antes de que se marchiten; gocemos hoy;  
»mañana moriremos.*»

Esta elocuente pintura es el compendio de la filosofía que trajo á la humanidad todas sus desventuras, que ha enrojecido la tierra con sangre



y llenádola de miserias. Y en efecto, Señores, que si la humanidad nada ve mas allá de la tumba; cuando se empeña en confundir su principio, su existencia y sus actos con la vida de los otros seres *sobre los cuales fué constituido* (1) apaga en su corazón la lumbre del entusiasmo; el instinto de la belleza, el móvil de las acciones heroicas cede al imperio de indignos apetitos, de miserables y depravadas inclinaciones. Desde que la bravura del héroe ó la benéfica influencia del hombre recto son el producto de ciertos fluidos desconocidos, desde que privais al hombre del soplo divino que lo anima, inútiles son para él los trabajos y la gloria de su perfeccionamiento: una vez en los brazos del desolador materialismo, la tierra le basta para su mísero destino. «¡Almas envueltas en tinieblas, »sin la conciencia de la sublime aspiracion y vue- »lo hácia una vida imperecedera! ya que osais »combatir el mas noble privilegio de la criatura »racional, decidnos si ese espíritu tan vasto, tan »profundo, tan prodigioso, no es mas que un »mecanismo delicado de fluidos vitales que se »agitan momentáneamente en sus tubos para »evaporarse en el espacio.» (2)

Sobre una base tan falsa como destructora de sus nobles sentimientos, la sociedad moderna no podia asentar el edificio de su regeneracion. Contemplando la marcha del mundo, ha

(1) Ps. 8. v. 7.

(2) Canto fúnebre de Thompson en honor de Newton.

visto que los sufrimientos morales solo desaparecerán de la tierra, cuando el hombre en la hora de la tribulacion sepa dirigir al cielo una mirada de ardiente fé y de dulce reconocimiento por los solícitos cuidados de sus hermanos educados en la *plenitud de la ley*. (1) El origen y el destino del hombre son los dos polos sobre que debe girar toda su filosofía. Para corresponder á la dignidad del primero y alcanzar la nobleza del segundo, debe encaminar sus constantes esfuerzos á propagar entre sus semejantes las doctrinas de moderacion y tolerancia; escribir en la bandera levantada para la emancipacion del hombre el lema del amor y la fraternidad.

Y ¿no os parece, Señores, que el mundo se ha constituido ya en ese camino? Yo bien sé que, cuando para llevar adelante su obra, lo veis remover instituciones políticas, agitarse en interminables revoluciones y perpétuo desasosiego; explicar sus deseos por medio de teorías, en que la generosidad de las miras hace olvidar lo difícil de los medios; cuando todavia el escepticismo pretende burlarse de la humanidad y atribuir todos los sucesos al acaso, bien sé, digo, que os asaltarán la desconfianza y la duda; que vuestra imaginacion se negará á comprender cómo el orden y la verdad han de surgir de ese caos de confusion y opiniones. Entonces no mireis sino á los principios que se proclaman; por que la providencia que nos deja penetrar sus

(1) Rom. 13. v. 10.



miras en orden á nuestro destino, nos oculta en sus adorables decretos los medios y caminos por donde nos conduce. Oímos decir de continuo que vivimos en una época de transición, y así es la verdad, Señores; pero seamos circunspectos y cautos al apreciar las acusaciones graves que se la dirigen á una con las alabanzas; guardémonos bien de juzgarla con la ligereza con que algunos, en su ignorancia de la filosofía de los tiempos, llaman á la edad media época de barbarie y de tinieblas. Cuando veis ese afán con que los hombres procuran acercarse unos á otros, los medios casi increíbles con que cuentan para estrechar las distancias recorriéndolas con la rapidez de las aves; cuando veis esa actividad, esa vida, ese movimiento universal; esa sed de saber que penetra en todas las clases; cuando la prensa, verdadera palanca de Arquímedes en manos de nuestro siglo, remueve el mundo por sus cimientos, llevando hasta las retiradas cabañas las doctrinas de la emancipación del hombre, de la guerra contra los abusos, del progreso y la perfección ¿no os parece que se verifica una revolución feliz, y que en el reloj de los siglos ha sonado la hora señalada por Dios para consumir los grandes destinos del hombre? Sin duda existen errores todavía; hay infiltrados en la sociedad vicios que contrarian sus intenciones; pero observad que en fuerza de nuestra debilidad tal ha sido siempre la condición del mundo moral desde su principio: el oprobio mas horrible de la humanidad, y contra

el cual empleó el cristianismo su influencia desde su aparición, (1) aun no se ha borrado enteramente de la tierra: han transcurrido diez y ocho siglos, y todavía muchos hermanos nuestros gimen en una esclavitud que contempla con dolor la sociedad moderna.

No es menos singular tampoco el aspecto que presenta la literatura de nuestro siglo bajo el punto de vista de la imaginación y del arte. El impulso que ha recibido la historia literaria, y por consecuencia las miras elevadas, el espíritu profundamente filosófico de la crítica, imprimen hoy á la literatura esa fisonomía particular que no es otra cosa sino la expresión de sus verdaderas tendencias, las cuales se manifiestan por dos hechos de la mas alta significación por su influencia poderosa y benéfica sobre las costumbres y las naciones.

El primero de estos hechos es la mayor intimidad, ya que no la unión completa (que por fin se verificará mas tarde) de muchos elementos y fuerzas que han malogrado su acción obrando aisladamente. »La separación absoluta (2) entre los sabios, las personas distinguidas de la sociedad y el pueblo, es el mayor obstáculo que puede hallar el progreso intelectual de una na-

---

(1) La ligereza con que el célebre Guizot ha tratado este punto interesante de la historia del cristianismo en su libro de la *civilización europea*, dió origen á una brillante impugnación por parte de nuestro compatriota el profundo escritor D. J. Balmes. (Véase su obra del Protestantismo etc. Tom. 1.º

(2) F. Schlegel.

»ción; porque las producciones del espíritu no  
»tienen suelo mas fértil que los sentimientos co-  
»munes á todas las almas generosas, que el  
»amor á la patria y todo lo que despierta su re-  
»cuerdo al pueblo, en cuya lengua estan escritas  
»y sobre el cual deben obrar inmediatamente. El  
»completo desarrollo del espíritu humano esije  
»la acción simultánea de muchas facultades que  
»pierden su vigor cuando se individualizan: asi  
»es que no puede llamarse perfecta una obra,  
»cuando no han cooperado á su composición el  
»vigor y la inspiración de la juventud unidos á  
»la experiencia y madurez de la edad viril; cuan-  
»do la erudición del sábio, el golpe de vista tan  
»pronto y la decisión tan segura del hombre ac-  
»tivo, el entusiasmo serio del artista solitario, el  
»cambio tan fácil y tan rápido de las impresio-  
»nes intelectuales y la indefinible sutileza de es-  
»píritu, sin escluir el gusto delicado de las mu-  
»jeres,» no se han unido felizmente para dar á  
las producciones del espíritu ese carácter de uni-  
dad é interés general que es á nuestra época lo  
que la epopeya á la infancia de las naciones.  
Pues bien; todos esos elementos no se encuen-  
tran sino esparcidos en la vida social; siendo de  
notar que para nosotros los españoles esa trans-  
formación literaria es mas fácil y segura, si lo-  
gramos poner á cubierto de invasiones destruc-  
toras el sentimiento profundo de nacionalidad  
que distingue nuestra literatura de todas las otras  
de Europa.

El segundo hecho es la influencia que sobre

esa dirección única que conviene á la literatu-  
ra está ejerciendo un pueblo, (1) que siendo el  
tronco común de la cultura intelectual de las cua-  
tro naciones mas ilustradas del occidente (2) pa-  
rece destinada á restablecer el equilibrio que  
rompió en el siglo XVI con su brusco ataque á  
la unidad de las creencias. Fácil es reconocer  
en los trabajos de ese pueblo pensador el foco  
de la luz nueva que ilumina las regiones de la  
vida intelectual, y nos hace esperar la completa  
armonía de la razón y la imaginación para en-  
contrar la verdad. Ella nos enseña, desarrollan-  
do el sentimiento estético de la ciencia, que esta  
es una y sola; que por consiguiente no se cons-  
truye como un sistema, ni se forma como una  
secta, pues debe nacer como un árbol lleno de  
vida de las raíces de la revelación reconocida  
por divina. Y por lo tanto la historia del mun-  
do y la mitología, el imperio de las lenguas y la  
ciencia de la naturaleza, la poesía y el arte, no  
son mas que rayos aislados de esta luz única del  
conocimiento supremo. Toda poesía, pues, que  
no abrigue en su seno el fuego de esa inspira-  
ción única, es pálida y descolorida á los ojos de  
nuestro siglo; el cual escucha con indiferencia  
los ecos magestuosos de la trompa épica de la  
antigüedad, y ninguna simpatía siente hácia las  
demás producciones del mismo género, porque  
aquellos héroes y aquellos cantos ya no son para

(1) La Alemania.

(2) Italia, España, Francia é Inglaterra.

nosotros sino huesos blanquecidos por el frío de los sepulcros, ecos perdidos en la noche de los tiempos, que halagan la fantasía con la belleza de sus formas, pero dejan el corazón vacío y descontento. La poesía, la primera de las artes, esa hija querida de los corazones rectos y sensibles no encuentra ya su elemento en los objetos puramente terrestres; remonta su vuelo á las regiones de lo infinito que es su verdadera patria; baña sus alas de oro en los torrentes de la luz inmortal donde tiene su origen: su harpa celestial ha cantado ya vuestros héroes, vuestras guerras, los amores y la vida de los placeres; ahora, como aquellos fantasmas de los sueños de la juventud primera que se posan sobre un lirio sin doblar su tallo, la poesía se alberga en el caliz de la flor de la esperanza, como viático delicioso que conforta al hombre en sus dolores y purifica sus goces.

Al esplicarme de esta manera, creo adivinar el pensamiento que asalta la imaginación de mis oyentes. Si la literatura, diréis acaso, es la imagen de la sociedad y su expresión genuina ¿cómo sus géneros más vulgares, la novela y el drama, no escalan ese perfume encantador de la verdadera poesía, ni indican tampoco esa tendencia espiritual y severa que debe tener en nuestra época? cómo es que por el contrario se complacen en presentarnos entre formas diversamente salvajes la desesperación del ateo, el heroísmo de la perdición y el despecho? de dónde nace el obstinado empeño de adornar con los co-

lores más terribles del sentimiento y la inspiración trágica los sofismas más peligrosos? cómo es que, en el drama sobre todo, los sentimientos más generales y delicados del hombre se encuentran desnaturalizados de una manera tan repugnante?

Consiste, Señores, en que en épocas de fermentación, como la nuestra, la literatura bajo muchas de sus fases expresa más bien el estado de la imaginación que el de las costumbres. No nos hallamos seguramente en el tiempo de las pasiones violentas y desordenadas; y sin embargo á juzgar por esas producciones (que por dicha no pertenecen á nuestro suelo) se diría que jamás se ha prodigado tan ardiente culto á la exaltación y desorden de los sentimientos. La sociedad habla de distinta manera que obra, y sería un error querer juzgar de ella por sus palabras. Esa moral exaltada y fogosa, esa extravagancia de caracteres y sentimientos recibe nuestros homenajes en el teatro y los gabinetes de lectura, pero halla en el instinto y buen sentido de la sociedad un muro impenetrable cuando intenta invadir el hogar doméstico. La sociedad, más cuerda en los negocios que en las ideas, escoge las esposas y los yernos de muy distinta manera que sus heroínas y tribunos. Entonces ¿cómo explicaremos este desacuerdo entre la sociedad que escribe y habla y la sociedad que obra? ¿La sociedad es hipócrita? No; porque la hipocresía remeda la virtud y aquí el mundo afecta vicios que no tiene. ¿Luego la sociedad



nada influye en la literatura? Si; influye pres-tándola el estado pasajero de sus pensamientos y su imaginacion, no el de su carácter y cos-tumbres.

De manera que esos libros no representan la sociedad; deben su existencia al estado de la imaginacion, como he dicho, y tambien á la fatal imitacion de literaturas extranjeras. No obs-tante en esta inmoralidad literaria, en esta ma-nia de divorciar la sociedad de la literatura, hay un peligro sobre el cual conviene mucho no ha-cerse ilusiones. Aunque la corrupcion del enten-dimiento no produzca siempre los malos efectos que pudieran temerse, merced á la inconsecuen-cia del espíritu humano; aunque muchas per-sonas obran mejor de lo que piensan y hablan, sin embargo los alardes del vicio son siempre dañosos por el influjo del ejemplo. El que afec-ta la maldad, sin ser realmente perverso, alte-ra los buenos sentimientos á fuerza de ensalzar los malos; (1) la sociedad que se familiariza con la maniática extravagancia de las opiniones mo-rales, ve perderse la pureza de las creaciones li-terarias y embotarse la fuerza de la conciencia pública contra el influjo del mal; renuncia á la doble gloria de las producciones bellas y de las buenas costumbres. Y el peligro es tanto mas terrible, cuanto que esa literatura bastarda, á la manera de aquellos insectos que atacan las rai-ces de las flores, fascina principalmente las dos

(1) Rom. C. 1. v. 52.

porciones mas preciosas de la sociedad, los jó-venes y las mugeres; en cuyas manos es un mor-tifero veneno la doctrina que presenta una es-cusa para cada estravío, cuando no es un elo-gio insidioso para cada crimen.

Reconozco la pobreza del cuadro que acabo de trazaros. La índole de este trabajo no per-mite mas que esos rasgos generales, y mi pince-l carece de colores mas ricos. Seguro sin embargo de que vuestra consideracion concibe y se apo-dera de toda la grandeza del objeto ¿os sentís, como decia antes, dominados por la admiracion, ó es mas bien un saludable temor lo que espe-rimentais en presencia de nuestro siglo? Cuan-do le veis tan rico en descubrimientos, tan or-gullosa con sus adelantamientos en la industria; osado reformador, lleno de actividad é inaltera-ble constancia, promoviendo la cultura en todos los ramos que afectan mas directamente la pros-peridad pública, haciendo resonar gritos de li-berdad de emancipacion y tolerancia, buscando ansioso las vias mas ocultas del perfeccionamien-to y progreso ¿no volvéis la vista con oprimido pecho hácia las pasadas edades y os preguntais si es posible que se repitan los espantosos tras-tornos que ya otras veces han cambiado la faz del universo? Cuando recordais que há catorce siglos los bárbaros del norte, tanto tiempo acor-ralados entre los hielos y las lanzas de los ro-manos, se arrojaron sobre el mundo antiguo ba-sado en la conquista y contemplaron entre sus escombros el águila moribunda de los Cesáres

¿no sentís un vago temor de que otro acontecimiento análogo venga quizás á destruir el mundo naciente todavía de la industria, la individualidad y el catolicismo?

Plegue al cielo que la humanidad no deba recorrer todavía otro periodo de tinieblas y que la realizacion de tantas esperanzas se verifique por fin y consolide la paz del mundo! Y si para remover los obstáculos que encuentra esta sublime conquista de la verdad todos los elementos deben obrar de consuno, veamos cual haya de ser el espíritu de la escuela, esa cuarta fuerza del mundo moral, ó en otros términos indagemos cual es la verdadera, la única vocacion de la ciencia en nuestros dias.

El desórden y la opresion, la ambicion y el orgullo medran y estienden su imperio á la sombra de la ignorancia: herid en ella y habeis herido en el corazon esas plagas que convierten la sociedad humana en un teatro de desolacion y ruinas. La propagacion, pues, de los conocimientos, la educacion general de la especie humana es el pensamiento que debe presidir al desarrollo ulterior de la ciencia. Cada individuo al nacer tiene derecho á una porcion de felicidad y de bienestar que jamas conseguirá sino por medio de la ilustracion y la educacion de sus mas nobles facultades. Solamente asi es imposible que la masa de los pueblos sirva de instrumento á la ambicion de otros, ó sea miserable juguete de la suya propia.

Pero ¿hán de educarse los pueblos para la

conquista? No; porque la conquista es la guerra, el derramamiento de sangre; y si el descubrimiento mas precioso no vale, en sentir de un sabio, una sola gota de sangre ¿irémos á derramarla á torrentes para atentar contra los intereses ó las instituciones de otros paises? Solamente la independencia ó la tranquilidad interior del estado pueden autorizar una guerra; mas aun en este caso, preciso es confesarlo, la espada no conseguirá el objeto si la paz interior moral é intelectual no está asegurada y consolidada por la religion, los buenos principios y la civilizacion verdadera.

¿Será acaso tampoco objeto esclusivo de la ciencia el refinamiento de la civilizacion y la cultura de las artes encaminada á fomentar los intereses materiales, los goces y comodidades de la vida? Pretender encerrarla dentro de tan estrecho circulo, equivale á bastardear su noble naturaleza desviándola de su augusta mision sobre la tierra. No en vano de esa antigüedad tan distante de nosotros conservamos elocuentes ruinas, como si la providencia hubiera querido preservarlas de la total destruccion para nuestra enseñanza y aprovechamiento. Los mármoles y bronces que hoy son la desesperacion de nuestros artistas, esas aplicaciones prácticas en las ciencias naturales, cuyo secreto se llevó la antigüedad al sepulcro y no encuentran hoy explicacion satisfactoria; esas obras gigantescas, esos monumentos colosales; ese brillo mágico y deslumbrante de la palabra humana; el vuelo y la mag-

nificencia de una poesía que no tienen en su género ni imitadores ni copias aprosimadas, nos dan una idea bien exacta del grado de esplendor y prosperidad que ilustró la existencia de los imperios antiguos. Pero ved ahí que junto á esos despojos con que embellecemos orgullosos nuestras plazas, bibliotecas y museos, se alza la antigüedad como una sombra para decirnos: «No os dejéis seducir por el aparato de nuestra grandeza; el mundo no ha sido feliz con nosotros; la admiración que os causan nuestras victorias y conquistas, cesará cuando penseis en las lágrimas y crímenes que han costado. Hemos satisfecho nuestra vanidad alzando esos monumentos colosales fruto del sudor de pueblos reducidos á la miseria y la ignorancia: hemos ajado la hermosura de nuestras creaciones artísticas, dejando reinar el vicio y la desenfrenada licencia que por fin ha destruido nuestro poderio y nos ha hecho cobardes y esclavos. Os hemos transmitido nuestra gloria en braudales de poesía y elocuencia, mientras algunos de nuestros festines hubieran matado la hambre de comarcas enteras. A la sombra de nuestros laureles hemos dormido el sueño de la embriaguez del triunfo y la fortuna, de la felicidad del oro y todos los goces terrestres, de la dominación universal por las armas y la astucia; pero hemos salido de nuestro letargo entre las maldiciones de los pueblos esclavizados; los acentos de nuestra insensata alegría han espirado en nuestros labios; y, débil la ma-

»no para detener el golpe ha aceptado como un beneficio las cadenas de nuevos opresores. Hemos sido en fin fuertes y sabios; pero nuestra pujanza ha venido al suelo y nuestra ciencia nos ha cegado y hundido en un abismo de males, porque ignorábamos que esa ciencia nada es cuando no se enlaza con el hombre, y que el hombre nada es tampoco cuando no se enlaza con Dios.»

¿Seremos indiferentes á los gritos de la razón que nos habla de esa manera por boca de las generaciones pasadas? La historia nos enseña que el hombre es débil cuando pretende sacar de sí propio las fuerzas para sostenerse en la lucha de su carrera; pero que se torna fuerte y robusto cuando, reconociéndose pobre enredadera, busca el apoyo de los cedros. La ciencia, pues, al ancorar en esa otra fuerza de la consagración divina y de los auxilios superiores, se nos muestra revestida de su primer carácter que es *la sobriedad*. (1) El conocimiento de su propia debilidad infunde al hombre una prudente desconfianza de sí mismo, concentra el pensamiento en la meditación de su verdadero fin, y le hace dirigir una mirada melancólica hácia todos los objetos que puedan embarazar el cumplimiento de sus más excelentes deberes. *La tierra*, ha dicho el más festivo de los cómicos, (2) *atrae hácia sí con cierta fuerza el humor*

(1) Rom. c. 12. v. 3.

(2) Aristoph. Nubes.

*de la meditacion.* Extraña coincidencia! Cuando estas palabras resonaban en medio de obscenas bufonadas ante los corrompidos espectadores del teatro de Atenas, un hombre inspirado por Dios (1) habia designado á sus hermanos de cautiverio la causa de sus infortunios atribuyéndola á la disipacion de sus pensamientos! Subordinad, pues, todos los ramos de la ciencia á esa cosa *única necesaria*; sea sobria nuestra ciencia para que el hombre consiga la verdadera gloria de su carrera y la corona de su elevado destino.

¿Teméis que estas ideas hagan desaparecer del mundo el fuego y el entusiasmo, sin el cual parece que nuestro corazon no puede remontarse á la esfera de las grandes cosas y de las bellas acciones? Ah! *un fuego ecsiste sobre la tierra*, (2) que debe inflamar nuestro pecho; fuente purísima del entusiasmo verdadero, llama celestial que debe reemplazar para siempre la hoguera del rencor y las discordias! El amor de la humanidad, ardiente, desinteresado, generoso, nacerá de la sobriedad de la ciencia, que debe hacerse eminentemente popular en el sentido legitimo de esta palabra para que sea una verdad en nuestra época. Humine la antorcha de la sabiduría inflamada en las llamas de esa pira, encendida á su vez desde la cumbre del Calvario, la humilde choza del pobre, á quien salude el sabio diciéndole «tu eres mi hermano!» á quien

(1) Jerem. c. 12. v. 11.

(2) Luc. c. 12. v. 49.

el rico tienda la diestra para decirle: «yo enjugaré tus lágrimas!»

Venturosa generacion la que presencie el espectáculo delicioso de la difusion de la ciencia basada en la sobriedad y el amor, en la moderacion de los deseos y el espíritu de caridad y tolerancia! Nosotros todavía agitados por las tempestades, fijamos nuestra vista sobre los elementos dispersos que nos anuncian la preparacion de esa nueva era; nos complacemos en saludar de lejos la aurora del bello dia que aguardamos luzca sobre el mundo!

Sea nuestra guia y nuestro constante pensamiento, respetables compañeros, acelerar en cuanto podamos por medio de nuestros trabajos la aparicion de ese dia! procuremos infundir en el ánimo de nuestros alumnos *ese ardor del amor á la ciencia* (como lo llama Ciceron) la prenda mas segura del talento! Escitemos sus corazones á abrirse á todas las emociones de la verdadera belleza de la ciencia y á cerrarse á toda inspiracion que empañe la nobleza de los sentimientos! Tal vez la suerte coloque en sus manos altos oficios de la república y el destino de los pueblos: para entonces procuremos grabar en su alma máximas y principios que los pongan á cubierto del fanatismo y la ecsageracion de doctrinas y opiniones; digámosles á todas horas que la ciencia reserva sus himnos mas bellos, sus cánticos mas hermosos al *ósculo santo de la paz y de la justicia.* (1)—HE DICHO.

(1) Ps. 84. v. 11.

